

 Seix Barral

Matilde
Cherner

~~Rafael Luna~~

Ocaso y aurora





Seix Barral Biblioteca Breve

Matilde Cherner
Ocaso y aurora

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2019

De esta edición:

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-322-3631-0

Depósito legal: B. 861-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

LAS TRES MARGARITAS

Don Rodrigo Manrique de Lara, conde de Frigiliana, que en 1680 contaba apenas treinta años, era uno de los caballeros más cumplidos de la corte de España y uno de los grandes cuyo voto y voz sonaron siempre animados del más puro patriotismo.

A pesar de su juventud, su ilustre nombre, su gran fortuna, su figura arrogante y gallarda y su varonil belleza, el conde vivía del todo alejado de los placeres, y ni los bailes, teatros ni saraos le contaban nunca en el número de sus prosélitos.

Decíase que en su adolescencia había sido víctima de una pasión profunda, de una de esas pasiones que deciden el resto de la vida, o por lo menos dejan en el alma para siempre impresa su huella indeleble.

Mas nadie supo nunca ni quién fuera el objeto de aquella pasión misteriosa, ni cuáles sus consecuencias.

Desde entonces el conde trataba con extrema reserva, casi con miedo, a las mujeres, cual si su dolorido corazón se estremeciera ante la idea de que pudieran volver a abrirse sus heridas mal cicatrizadas.

Hacia unos diez años que había aparecido en casa del conde una preciosa niña de siete a ocho, que él encargó fuera tratada como su propia hija, preparándole en su palacio suntuosas habitaciones, y los maestros y servidumbre correspondientes a su edad y la categoría de su joven protector.

Pero por más que la maledicencia quiso ver en aquella niña el fruto de los misteriosos amores del conde, no era posible conciliar la juventud de este, que apenas contaba veintiún años, por más que en aquella época fuera ya señor absoluto de sus acciones y poseedor de sus títulos y rentas, con los siete, por lo menos, que representaba la niña.

El conde, que le consagraba la más solícita y delicada protección, revelaba claramente en la atención ceremoniosa con que la trataba que ningún lazo de parentesco la unía a él.

Tal vez el conde, que era soltero y huérfano, y dueño por lo tanto de sus acciones, cumpliera, dando a aquella niña abrigo en su casa, con algún deber de amistad que le impulsara a darle la protección que sus padres no pudieron.

Tal vez la niña fuera huérfana, y el noble y generoso conde se hubiera encargado de su tutela.

Comoquiera que sea, la preciosa Margarita, que este era el nombre de la misteriosa protegida del conde de Frigiliana, gozaba entre la servidumbre de su protector las prerrogativas que hubiera podido gozar siendo su hija o su hermana, recibiendo una educación análoga al rango de su protector, por más que todos ignoraran el de ella, que ni la misma niña conocía tampoco.

Hablaba vagamente de su madre, pues sin duda no le habían impuesto reserva alguna, con los ojos arrasados de lágrimas, cruzadas sobre el pecho sus manecitas de nieve y vueltas al cielo sus melancólicas miradas.

Su madre había muerto al darla a luz, y la niña hablaba de ella como de un ser muy querido con el que algún día hubiera de reunirse.

Hablaba de su padre con férvido y filial amor; y a su recuerdo, brillaban sus pupilas, se animaban sus infantiles facciones, y la fe y la esperanza iluminaban su nítida frente.

Si le preguntaban: «¿Dónde está?», contestaba: «En el otro mundo». Si «¿Cómo se llama?», «Padre», decía con la ingenuidad del que revela todo lo que sabe.

Lo primero que tuvieron que enseñarle sus maestros fue a hablar el castellano; pues ella, que había nacido en los Estados de Flandes, hablaba el alemán o tudesco, que en aquella época se hablaba

en estos países cuajado de locuciones castellanas que nuestra dominación había introducido, y de palabras francesas, gracias a la vecindad de esta nación con los Países Bajos, lo cual lo convertía en una especie de lenguaje franco, con el que, bien o mal, se entendían españoles, franceses, alemanes y flamencos.

Después, y por orden expresa del conde, la instruyeron en todos los mandamientos y misterios de nuestra religión; pues quizá la niña hubiera nacido de padres protestantes, o se hubiera criado con personas que profesaran estas doctrinas, y últimamente le fueron dados todos los maestros necesarios a la más completa educación de la más rica y noble heredera.

Al cumplir dieciséis años Margarita, y ya del todo terminada su educación, de la que ella había sabido aprovecharse asombrosamente, se hallaba convertida en una de las doncellas más hermosas, más virtuosas y más instruidas de toda España.

Quizá a su educación le faltara ese refinamiento y delicados perfiles que solo se adquieren con el frecuente trato de una sociedad elegante, y que nunca aciertan a enseñar los más sabios maestros, ni las ayas más encopetadas.

Acaso en los salones de la corte hubieran parecido encogidas sus maneras, sin gracia su andar y tímido su aspecto; pero estas y otras faltas, hijas del aislamiento en que se había criado, suplíanlas con creces la naturalidad, la sencillez y la expansión

que brillaban en todas sus acciones y palabras, y esto sin excluir la timidez, la modestia, la reserva propias de su edad y su sexo.

Aun cuando ni su lenguaje, ni aun su acento, pues hablaba el castellano con pureza sin igual, denunciaban su origen extranjero, bastaba verla para conocer que corría por sus venas la sangre tan poderosamente rubicunda de las razas del norte.

Su tez, tan blanca como la leche, tan trasparente como el cristal y tan brillante como el raso, tenía ese viso ligeramente purpurado que dan a la nieve los últimos rayos del sol.

Sus ojos, de un azul claro e irradioso, como el que ostenta el firmamento en los hermosos días de verano iluminados por el ardiente sol canicular, destellaban a veces el fuego de la juventud, del entusiasmo y el amor, replegándose otras sobre sí mismos y dejando ver en su fondo, al par de una ternura celestial, infinita, la más profunda melancolía.

Sus mejillas, el lóbulo de sus pequeñas y bien dibujadas orejas, las sutiles ventanas de su afilada nariz, ostentaban un carmín tan vivo y brillante cual solo las poderosas encarnaciones de las mujeres inglesas y alemanas pueden ofrecernos, y su boca, roja como la flor del granado, dejaba entrever sus pequeños dientes, semejantes a otros tantos átomos de nieve que los rayos del sol amenazaran liquidar.

Sus cabellos, más que rubios, eran dorados, y

formaban anillos tan brillantes que, al flotar sobre sus hombros, se extrañaba no oírlos sonar unos con otros; tan bien mentían pequeñas y afiligranadas rosquitas de oro.

A pesar de sus dieciséis años, era completo su desarrollo físico, y la gallardía de su talle y redondez de su bien modelado busto, unidas a la hechicera modestia de su cándido semblante, a la expresión de su angelical mirada, a la gracia infantil de su sonrisa, a sus ademanes llenos de castidad e inocencia, formaban un conjunto tan encantador como atractivo.

El conde de Frigiliana, que distraído con sus deberes de grande, con los profundos estudios a que se dedicaba, con sus largas partidas de caza, a la que era muy aficionado, y el único placer que en él había sobrevivido al completo naufragio de todos los otros placeres, veía muy de tarde en tarde a su hermosa pupila, y apenas si se había apercebido de que la niña se hallaba transformada en una de las mujeres más hermosas de la Tierra.

Porque Margarita, si no era aún la espléndida rosa que brinda su brillo y su hermosura a todas las miradas, que ostenta al sol su fulgente corola, que despliega sus galas y derrama sus perfumes al beso acariciador de la brisa, era sí el entreabierto y virginal capullo que deja ya entrever y adivinar al solícito observador el rico tesoro de aromas, de hermosura, de gala y colorido que su corola cuidada esconde.

Cuando Frigiliana, con su espléndido traje de corte, la espada al costado, el sombrero debajo del brazo, el rostro pálido, la mirada melancólica y la sonrisa llena de bondad, entraba en las habitaciones de Margarita, corría esta a su encuentro con alegría, y él depositaba un beso, casi paternal, en su pura y nítida frente.

Después hablaban como dos amigos de los adelantos de la niña, de los trajes o juguetes que el conde le había regalado, concluyendo Margarita por preguntarle con voz trémula por su querido padre.

A esta pregunta nada podía contestar el conde.

El padre de la niña, amigo, casi hermano de Frigiliana, a pesar de sus diferentes edades, se había embarcado para América al rogar a su amigo que se encargara de su hija, y este no había tenido otra noticia de él que aquella en que le participaba su llegada a Buenos Aires.

Quizá hubiera muerto. Quizá estuviera prisionero o cautivo. Quizá, como tantos otros, hubiera olvidado en el Nuevo Mundo todas las afecciones, deberes y compromisos que en el Viejo dejara.

Esto último no podía creerlo el conde de la nobleza de carácter del padre de Margarita, que solo por rehacer su fortuna y poder ofrecer a su hija un porvenir estable, se había aventurado en aquella expedición a las Indias Occidentales, que si bien ofrecían más probabilidades que hoy a los que iban a ellas en busca de fortuna, los amenazaban en cambio con duplicados peligros.

Y el conde, no sabiendo qué contestar a las preguntas de Margarita, creyendo que solo la muerte podía haber impedido a su amigo en ocho años de ausencia enviar noticias suyas y pedir las de su hija, guardaba silencio, y la pobre huérfana sentía oprimirse de angustia su pecho y anegarse de lágrimas sus hermosos ojos.

—No llores, hija mía —le decía con cariño el conde—; en mí tienes otro segundo padre.

—Gracias, señor —contestaba con gratitud ella, acercando a sus labios la hermosa y membruda mano de su protector.

Mas llegó un día en que al entrar el conde a visitar a Margarita, al correr ella con su expansión acostumbrada presentándole su frente al inclinarse él para besarla, cual si una chispa eléctrica hubiera brotado de los labios del conde, coloreose súbitamente el célico semblante de la niña, y el rubor invadiendo sus mejillas, su frente, hasta el blanco nacarado de sus azules ojos, hirió como un inspirado rayo de sol las melancólicas miradas del noble, cuyos labios se tornaron trémulos, separándose rápidamente de la frente de Margarita, que los quemaba cual un candente acero.

La niña era mujer; y el noble, tan melancólico, tan ensimismado, con el alma tan cerrada a las pasiones, conoció, con angustia y confusión propia, que era aún harto joven y ardiente para seguir llamando hija a la hermosa joven para la que su corazón dictaba otro nombre más tierno.

Y Margarita, la inocente y tierna Margarita, cuyos afectos habían estado divididos entre el piadoso recuerdo de su querida madre, el cariño y la inquietud que su amado padre le inspiraba, y el reconocimiento que por su protector sentía, vio palidecer y borrarse en su corazón estos tibios y vagos afectos ante el poder, la actividad, el ardor del nuevo sentimiento que en él había brotado.

Así palidecen, se borran y disipan las rosadas tintas de la aurora ante el primer rayo de sol que con su dorada y fecunda luz envuelve los montes, valles y praderas, llenando de vida y esplendor los cielos y la tierra.

El conde, que había leído en el alma cándida e ingenua de Margarita como en un libro impreso en vitela con caracteres de oro, no dudaba que su amor, su virtud, su ternura, le harían el más feliz de los hombres, arrancarían de su corazón aquella pena secreta que por tantos años le había atormentado.

Pero él no estaba tan seguro de inspirar amor a Margarita como de sentirlo por ella, y lejos de su ánimo, tan noble y tan leal, el proponer a la joven un enlace que ella aceptara por gratitud o por inocencia, y no por amor, como deseaba el conde.

Para que Frigiliana se atreviera a declarar a la huérfana la noble pasión que le había inspirado, tenía que estar plenamente convencido de que era amado con tanto ardor como amaba.

Margarita, que desde niña había querido y

admirado en el conde su exquisita cortesanía, su arrogante postura, su orgullosa mirada, cuya expresión dominadora templaba apenas la profunda melancolía que se leía en ella, su bondad, su generosidad, su voz dulce y enérgicamente vibradora, sus hermosos cabellos negros, su frente elevada, su sonrisa triste y algo desdeñosa, la trasparente palidez de su semblante, pues las mujeres, en cuya alma es instintivo el sentimiento estético, adquieren desde su primera edad un profundo y exacto conocimiento de la verdadera belleza; Margarita, al llegar a la pubertad, sintió brotar en su pecho un amor apasionado y ardiente por su protector, amor que hacía largo tiempo germinaba en él, y que se desarrolló poderoso al primer halago de la juventud, como brotan y se desarrollan al primer rayo del sol primaveral las tímidas y perfumadas violetas.

Mas el conde, en vez de presentarse en las habitaciones de su pupila con su franqueza y expansión acostumbradas, abriéndole los brazos y dispuesto a depositar en su frente el ósculo paternal, tardó más de dos meses en volver a verla, y el día que creyó ya un deber en él visitarla, se hizo anunciar previamente.

Cortose la joven al verse tratada con tanta ceremonia, y en vez de salir al encuentro del conde, permaneció trémula y confusa, sentada en su ancho sitial de tapicería, y sin soltar la labor que estaba haciendo.

Pese a la reserva que se había impuesto a sí

mismo el conde, que a la sazón no contaba más que veintinueve años, al hallarse en presencia de Margarita no pudo impedir que sus ojos, que su acento, que la agitación de su pecho, que sus incoherentes frases revelaran algo del fuego que ardía bajo la fría calma que él procuraba afectar.

Margarita era harto niña e inocente para adivinar las causas que tornaban al conde tan frío y reservado con ella, y al verle en pie a su lado, casi rozando la alfombra con la blanca pluma de su sombrero, y guardando un continente tan rendido y respetuoso cual pudiera hacerlo ante una princesa de la sangre, dirigiéndole breves y cortadas frases y concluyendo por marcharse sin hacerle la más leve caricia, sin dedicarle la menor palabra de ternura, Margarita, llena de dolor, creyó que el conde estaba enojado con ella. ¿Por qué?

A esta muda pregunta que la niña se dirigía a sí misma, sentía allá, en el fondo de su corazón, como un eco dulce y extraño que la acusaba de haber dado efectivamente motivo de queja a su bondadoso protector.

Pasáronse otros dos meses, meses de ansiedad y angustia para la enamorada Margarita, sin que el conde volviera a presentarse a ella.

Cuidaba la niña de enterarse todos los días de la salud de su protector, obteniendo por contestación, sobre poco más o menos: «Su excelencia está de caza»; «Su excelencia está en Palacio»; «Su excelencia está en el Consejo».

Estas respuestas tranquilizaban a Margarita sobre el estado de salud del conde; pero le manifestaban que solo la falta de voluntad era la causa de no visitarla, pues sus ocupaciones y deberes no le habían de impedir consagrara diez minutos para saludar a su protegida.

Y revistiéndose de todo su valor, se propuso preguntar al conde, la primera vez que le viera, qué motivo de queja tenía contra ella.

Presentarse en sus habitaciones no se le pasó ni por el pensamiento, pues si bien vivía en el mismo palacio que el conde, era en una isla o pabellón, completamente separado, y cuyas vistas daban todas a los jardines; en tanto que las habitaciones ocupadas por él caían a la calle.

Por su parte el conde, si se privaba de ver a Margarita por temor y delicadeza, no por eso dejaba de velar por ella con el mismo esmero que siempre, y al considerarla transformada en una mujer, trató de proporcionarle todos los placeres y diversiones, trajes, adornos y joyas propios de su edad, de su posición y de su belleza.

El conde no podía presentar a su pupila en la corte y en los altos círculos, porque no creía prudente ni revelar el nombre de su padre, ni presentarla solo con el título de su protegida; pero en Madrid, entonces y ahora, había infinitas diversiones y puntos de reunión abiertos siempre a la riqueza, al nombre, a la juventud, a la hermosura.

Presentose el conde una mañana a la hermosa

Margarita, que le recibió llena de gratitud y de alegría, pues a su visita había precedido un rico presente, compuesto de lujosos trajes, joyas y adornos.

La niña, que, como ya sabemos, temía haber enojado a su protector, recibió su regalo con tanta satisfacción como sorpresa.

Satisfacción porque, joven y hermosa, amaba como todas las mujeres a su edad el lujo y la compostura, que han de dar nuevo brillo a sus encantos.

Sorpresa porque aquel delicado presente le revelaba que el conde pensaba en ella más que nunca y deseaba complacerla.

El conde, al querer que Margarita conociera el mundo y sus placeres y gozara del aplauso que habían de alcanzar su juventud y hermosura, además de cumplir con lo que él creía un deber de tutor, se proponía el doble objeto de estudiar las impresiones de la joven, pues si bien él la amaba con toda su alma, como la única esperanza de una vida cuya mayor parte se había arrastrado en la tristeza y el aislamiento, no quería, bajo concepto alguno, imponerle su amor.

Si el conde no hubiera desconfiado tanto de sí mismo, la infinita ternura, el celestial amor que en los dulcísimos ojos de Margarita ardían, hubieran revelado a su experiencia que la niña sentía por él una pasión tan intensa y profunda como la que le había inspirado.

Al verle Margarita entrar en su gabinete, salio-

le al encuentro, si no ya con su expansión e ingenuidad de niña, con la gracia, con la amabilidad y ternura de la mujer que adivina, que presiente que es o va a ser amada, y le dijo con tanta modestia como dulzura:

—Creía que no queríais venir a que os diera gracias por vuestras bondades para conmigo, señor conde.

Tomole delicada y cariñosamente una mano él, y acercándola respetuosamente a sus labios, le contestó:

—No tenéis por qué darme gracias, Margarita. Cuanto yo soy, cuanto yo tengo, cuanto yo valgo es vuestro.

«Como lo son mi corazón y mi alma», añadió mentalmente el conde, fijando a su pesar sus ardientes y codiciosas miradas en el célico semblante de la niña.

Halagada y envanecida ella al verse tratada con tanto rendimiento y distinción, premió con una hechicera sonrisa las sinceras protestas del conde, y señalándole un asiento, y volviendo a ocupar el rico cojín de terciopelo azul recamado de plata, que la llegada del conde la obligó a abandonar, le dijo con acento insinuante:

—No os molesta acompañarme unos instantes, ¿verdad?

—No. Puesto que deseo hablaros, y puesto que estar a vuestro lado es para mí una verdadera dicha.

A pesar de su reserva, dio el conde tan amorosa inflexión a su voz al pronunciar las últimas palabras que un delicioso rubor se extendió por el rostro de la niña, cuyos hermosos ojos se inclinaron, llenos de confusión y esperanza.

Guardaron silencio unos instantes.

Margarita, embriagada y feliz al sentir a su lado al conde, y que su atención y sus miradas estaban fijas en ella; él, absorto en la contemplación de aquella cabeza adorable, que confundía la cándida y pura expresión de la virginidad y la inocencia con el irresistible hechizo de la juventud, el amor y la hermosura.

—¿Qué tenéis que decirme, señor? —dijo con voz leve y algo agitada Margarita, rompiendo aquel embarazoso silencio.

Abrió los labios el conde cual si fuera a dejar escapar el secreto de su amor; mas, reprimiéndose, contestó:

—Quiero deciros, hija mía, que ya vais a cumplir diecisiete años, que vuestra educación está del todo terminada y que deseo presentaros en el mundo para que encontréis un esposo digno de vos.

Estas últimas palabras, que pronunció el conde con voz incierta y acento sordo y concentrado, causaron dolorosa impresión en la joven, que quedó muda de terror, al creer que su protector deseaba separarse de ella.

Y él, dominado por la emoción que sentía, no pudo observar la palidez y la tristeza que su pro-

posición había extendido sobre el bello semblante de Margarita.

—Desde mañana —concluyó el conde—, os llevaré a los paseos, teatros y saraos, a las justas y procesiones, y antes de poco seréis aclamada la mujer más hermosa de Madrid.

—¿Y me acompañaréis vos siempre, señor conde? —preguntó con viveza y esperanza Margarita.

—Siempre, hija mía.

—¡Ah, pues entonces iré con mucho gusto a todas esas diversiones! —añadió con voz penetrante.

Y una adorable sonrisa de esperanza, de amor y de infantil alegría disipó las nubes que la proposición del conde había amontonado en su frente.

Desde aquel día Frigiliana y Margarita, tan felices como dos enamorados, con la franqueza y expansión que tuvieran si hermanos fuesen, principiaron a concurrir a todos los paseos y diversiones públicas, donde, como había predicho él, no tardó en ser notada la hermosura, la gracia y distinción de su encantadora pupila, que a los dos meses de salir al mundo tenía a sus pies a los herederos más nobles de España, que no esperaban otra cosa más que saber el nombre y el rango de la joven para requerir su amor y ofrecerle su mano.

Absorta Margarita en el amor del conde, viendo el mundo solo a través de los negros y hermosos ojos de su amado, ni aun se apercibió del aplauso que alcanzaba su belleza, y mucho menos de las

muchas demostraciones de sus adoradores, que al ver la indiferencia de la niña, no se atrevían a manifestarle ostensiblemente sus sentimientos.

Mas el conde, celoso a fuer de enamorado, y haciéndosele ya insostenible su situación al lado de la hermosa y tierna niña, halagado por la esperanza de alcanzar su amor, viendo la indiferencia con que acogía los rendimientos de la juventud más brillante de España, buscó un subterfugio para saber de una vez cuáles eran los sentimientos que animaba él en el corazón de su pupila.

Cerca de ocho meses hacía que Margarita y el conde, rodeados de la consideración a que los hacían acreedores los títulos, la riqueza y la categoría de él, se presentaban en todas partes siempre juntos y guardando el decoroso continente de un tutor y una pupila, por más que fueran otros sus sentimientos, cuando Frigiliana, si bien apelando a una mentira, trató de tener una explicación con la joven que fijara de una vez la situación de ambos.